

HUELLAS Y HORIZONTES DE LA PEDAGOGÍA Y DEL PEDAGOGO

José María Martínez Beltrán

**Lección de despedida como profesor del «San Pío X»,
pronunciada el 10 de octubre de 2006**

R. H. Ismael Beltrán, presidente de la Junta Patronal del Instituto.

R. H. Eduardo Malvido, director del Instituto Superior San Pío X.

Distinguido claustro de profesores.

Amigos y amigas asistentes a este acto:

Mi gratitud sincera por asistir a uno de los acontecimientos que marcan la existencia de una persona, en este caso la mía, y que sirven tanto para recordar lo pasado como para proyectar las energías que permanecen hacia la actividad serena y plenamente consciente de los años dorados de la jubilación.

Nunca cree uno que este momento llega; siempre se cabalga a lomos del tiempo y de la actividad, sin pensar que llega un momento en que el tiempo se desboca y no sirve como cabalgadura, y en que la actividad debe centrarse sin dispersión en aquello que está más al alcance de uno mismo.

No es necesario optar por lo clásico: mirar lo realizado y arrepentirse de lo omitido o de lo mal realizado. La jubilación invita a subirse a la atalaya y a contemplar el camino; un camino que es la realidad vivida, con rectas y

curvas, con aciertos y... perdón, la vida es un acierto. Se acierta incluso en el error, ya que de toda experiencia surge algo positivo y constructivo de la persona.

Pero todo camino tiene bordes, y los bordes se desbordan hacia el paisaje, en el panorama. Panorama son los acontecimientos, y sobre todo las personas que han hecho del camino algo atractivo: cada persona de la que has recibido un «hola», o una «lección», o un «afecto», se te ha quedado en la mente o en el corazón, componiendo la riqueza del camino y del caminante.

Mi camino ha sido preferentemente pedagógico, educativo, y éste será el enfoque de esta que quiere ser lección inaugural del curso 2006-2007. Se van a exponer algunas ideas no por lo que tienen de mayor o menor permanencia o importancia, sino por ser aquellas con las que me he sentido más identificado y de las que he podido dar testimonio e información en las clases del bienio y en otros lugares y con otras personas.

DE LO TRADICIONAL A LA PEDAGOGÍA PERSONALIZADA

La escuela tradicional en la que nací y en la que ejercí mis primeros años, se vio removida en los años 70 por la corriente de la enseñanza personalizada. El siglo venía rico en movimientos psicológicos y pedagógicos (estructuralismo, funcionalismo, objetivismo...). Entre las afirmaciones a veces un tanto estentóreas como aquella de «abajo la conciencia», de los conductistas, se oían otras agrupadas en lo que hoy llamamos Escuela Nueva (Manjón, Decroly, Montessori...) impulsora de la actividad de los niños, de su centralidad incluso desplazando en lo posible al maestro como centro de todo acto educativo.

Pierre Faure tradujo el movimiento de las ideas a pedagogía, originando un movimiento intenso de renovación escolar. Me vi envuelto en él con un grupo de buenos educadores que, tras un periodo de formación, iniciamos una experiencia de enseñanza personalizada en La Salle de Deusto.

¿Qué aportábamos a la educación? Creo que había unos elementos muy valiosos e incluso afirmaría que sin ellos no hubieran sido posibles otras modificaciones posteriores.

En primer lugar se impuso el principio de la actividad de los alumnos: su actividad dirigida por simples «fichas» de trabajo, y la variedad de las mismas en beneficio de su propia iniciativa y responsabilidad. En la sencillez de este hecho comenzaba la revolución escolar: se confía en la capacidad del niño, se le otorga progresivamente la gestión de tiempos, se le pone en situaciones de expresión de contenidos y de sentido crítico... Todo esto tomó forma con expresiones como *trabajo personal, puesta en común, trabajo en grupo...*

Para ello se necesitaba otra ruptura: la de los espacios. El salón de clase no era la medida apropiada para lo que se perseguía, así que toda la superficie de la escuela podía convertirse en lugar de trabajo personal, de grupos, etc.

Con estas ideas y experiencia, mi llegada al Instituto San Pío X me obligaba a escribir mis primeros artículos para *Sinite* marcados por ellas:

En el fondo de la enseñanza personalizada «está el afán de captar la totalidad y unidad de la persona por medio de un diálogo abierto entre educador-educando; éste es el objetivo más general y más sublime de la educación renovada» (*Sinite* v. XIV, 1973)

EL ENCUENTRO CON LA PSICOLOGÍA HUMANISTA

Hubo un momento importante en mis comienzos como profesor: se me invitó, junto con el H. Agustín Sauras, a participar en un encuentro preparatorio para orientar los grupos del CIL, dirigido por Mr Lesteven y don Juan Viola. Fue mi primer contacto con la Psicología Humanista y su aplicación pedagógica; esto supuso una incorporación profunda de dicha

corriente en mi constructo personal. En el fondo descubrí que C. Rogers, Maslow, etc., habían iniciado un movimiento terapéutico y educativo de especial relieve. Tanto, que orientó mis dos años de máster en la Universidad de Loyola (Chicago, 1976-1978) y ha sido un aspecto importante en mi vida.

Por esos momentos comenzábamos en el «San Pío X» a trabajar la *Catequesis de la Experiencia*, que ha configurado a este centro durante sus años de existencia. Caminábamos hacia la «totalidad educativa de la fe», hacia la integración pedagogía-catequesis para poder llegar a la síntesis experiencia y fe. No bastan, la lógica, la racionalidad y la erudición –nos decíamos–, hay que confrontar, articular todos los sentimientos, las experiencias ambientales y la realidad del yo personal.

Nos llenaba de gozo poder saborear expresiones del Concilio Vaticano II:

«Entre todos los medios de educación, el de mayor importancia es la escuela, que, en virtud de su misión, a la vez cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas...» (GEM n.º 5).

Totalidad personal y totalidad educativa. Asignatura de Religión dentro de la totalidad cristiana de la escuela; invitación a la fe en un contexto relacional abierto; ambiente cristiano dentro de un ambiente de innovación e ilusión escolar.

DE LA PERSONALIZACIÓN A LA CREATIVIDAD

Si bien la enseñanza personalizada tuvo su comienzo y su fin, y aunque algunos se empeñaron en demostrar que había fracasado (toda innovación educativa fracasa si no se forma al profesorado y no se hace un adecuado seguimiento), dejó las puertas abiertas para realizar múltiples mejoras.

Con ella iban confluyendo corrientes como la de la «desescolarización» (Ivan Illich), la «pedagogía popular» (P. Freire, C. Freinet), la «revolución juvenil» con su grito de «la creatividad al poder», la Ley General de Educación con sus nuevos planteamientos organizativos y pedagógicos, dinámica de grupos, lo audiovisual, la expresión corporal (Dropsy, J. Chauchard, P. D.

En todos estos movimientos se encontraban algunos elementos comunes:

- Una afirmación rotunda de fe en la vida, percibida como dinamismo lleno de posibilidades que requiere una educación en la libertad y en el amor al trabajo.
- La creencia en la escuela como instrumento de evolución (cuando no revolución) social, por encima de todas las presiones de que es objeto: sociales, políticas, familiares...
- La afirmación de una escuela activa, «experimental», en la que los alumnos trabajen, puedan equivocarse, experimentar hasta llegar a inducir sus propias leyes de conocimiento. La experiencia y experimentación se considera el método natural de aprendizaje, esa *zona próxima* proclamada por Vigotsky, o la «permeabilidad de la experiencia», según Freinet, y que define tanto la inteligencia como posibilidad de contacto y conocimiento de la realidad.

Junto a todas estas notas esperanzadoras de la educación renovada, nuestro Instituto SPX se hacía sensible también a las sordinas de enfoques anti-religiosos:

«... la religión... el nuevo ídolo que se encierra en sus certezas para hacer dogmas, con todo lo que esta palabra encierra de intolerancia, de incomprensión, de sectarismo y fanatismos; es la ciencia orgullosa y coagulada de los buscadores de absoluto» (J. Rostand, *Au delà du scientisme*).

La sensibilidad se tradujo en un refuerzo de nuestra opción por la catequesis de la experiencia: por purificar la catequesis de sus residuos de adoctrinamiento y comprometerla con la denuncia, el anuncio y la construcción liberadora de la fe. Cito a J. P. Bagot que en aquellos momentos (1971-72) escribía:

«Se trata de permitir a los cristianos, niños, adolescentes, adultos, que inventen la manera como su vida cristiana, su testimonio de fe y palabra podrán dar sentido a una situación humana, y por esto mismo hacer la Iglesia» (*La Catéchèse, permet-elle la Créativité?*).

LA CONSTANTE INVITACIÓN A LA CREATIVIDAD

Las invitaciones a la creatividad nos han llegado desde diversas procedencias y han afectado a nuestra realidad en tres aspectos complementarios:

- a. *El institucional*: el Instituto San Pío X no se ha encontrado nunca las cosas hechas; no ha disfrutado de demasiados promotores; por eso ha requerido siempre de creatividad para sobrevivir.

Para que exista una creatividad institucional hay que contar siempre con su poder transformador, con unos objetivos innovadores, con un espíritu dispuesto a superar dificultades y con un grupo de personas con espíritu libre. Hemos vivido tiempos de especial interés creativo y también momentos de dura realidad.

- b. *El personal*: me ha preocupado siempre la creatividad del maestro, del Educador, tanto en este instituto como en los miles de educadores a quienes he podido impartir algún cursillo por varios rincones del mundo. El oficio del maestro es enseñar, su misión es educar, y esto le da conciencia de que su oficio queda superado por lo que lo trasciende y reestructura de modo siempre nuevo. Su pensamiento no tiene más remedio que ser divergente: lo explicado hoy no se sabe si motivará

mañana; el método de hoy quizá fracase mañana... y esto mueve a la pregunta constante: ¿cómo sorprender para cautivar?

- c. *El catequético*: recuerdo unos años en que nos volcamos como claustro de profesores en el estudio de algunos documentos del Concilio. Nos centramos en la constitución *Sacrosanctum Concilium*. Todo eran luces de esperanza: el ideal celebrativo de la comunidad según «el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos» (SC 37). «Participación activa, consciente y fructuosa» (11 y 14). La misma Conferencia Episcopal Española, en noviembre de 1983, nos exhortaba a «la participación activa en las celebraciones litúrgicas; a la reflexión que favorezca la creatividad positiva y armónica».

Si en la psicología esta capacidad humana se ha definido como una «superfunción» de la persona, es por lo que tiene de surgimiento y riqueza de la expresión. En ella se pone en juego lo originario, lo sensible, la comunicación más profunda con la realidad. La educación de la fe, la celebración, piden un acercamiento primario al misterio, la comunicación profunda con Cristo, el encuentro comunitario. Difícilmente se puede conseguir si la persona no se ve impulsada «desde dentro» a expresar lo que vive. El miedo paraliza; la creatividad nos pone en sintonía con el creador de nuestra propia vida de fe: Jesús.

Los años me han enseñado que siempre hay distancia entre la realidad y la utopía; es la distancia de los condicionamientos. Pero no podemos negarnos a la utopía sin ser infieles al gran dinamismo salvador. ¿Cómo queremos mantener la eterna juventud de la Iglesia, si no aparece el rostro juvenil de quienes la construyen?

EL IMPULSO DE LA CREATIVIDAD Y DE LOS ESPACIOS INTERIORES

Hay un espacio común a toda persona, tanto si queremos educar su creatividad como sus valores, e incluso los contenidos del conocimiento: es el

espacio interior: es ese lugar en que tiene su sede la captación de la relación, de los significados, del poder creador primordial, y del que surgen las expresiones creativas de las personas.

Recuperar el silencio es recobrar a sí mismo y sintonizar con la posibilidad radical de orientarse entre la realidad a partir de uno mismo, sin la imperiosa urgencia de las cosas. No afirmamos el olvido de la realidad; la escuela platónica, al conceder privilegio a la contemplación, olvidó la síntesis contemplación-acción. El humanismo actual, inclinado rabiosamente hacia la acción, puede condenar el valor de la interioridad, o al menos olvidarlo. Precisamente desde el silencio se ve la realidad, su belleza y su limitación, lo creado y lo que queda por crear. El binomio contemplación-acción es la base de una creatividad consciente y humanizadora de la realidad misma: el hombre se crea a sí mismo al crear aquello que su silencio le dicta como «bueno».

Antonio Blay, en su obra *Creatividad y plenitud de vida* (1982), afirmaba:

«Todo lo que existe son modos, aspectos parciales del silencio. Todo lo que existe se genera en lo que no existe, en lo que no aparece. Todo lo que existe son aspectos parciales de algo que está más allá de lo que llamamos existencia manifiesta. Abrirse al silencio es abrirse al potencial total, incondicional».

Estas ideas, expresadas en uno de mis artículos de *Sinite* (n.º 81, 1986) tienen ahora un sabor especial. En la marcha vertiginosa de nuestra civilización hacia techos insospechados a los que le ha llevado su propia capacidad creadora, cabe una pregunta radical: ¿Cómo podemos saber si las realidades que creamos son realmente la expresión de nosotros mismos, y no nos hacen víctimas de una cadena de producción técnica cuyos eslabones se suceden de un modo determinado? No hay una respuesta objetiva ni datos evidentes que nos satisfagan; serán solamente la subjetividad, la experiencia interna, el silencio hecho conciencia, quienes puedan hacernos sentir lo auténtico de nuestro ser en medio de la contingencia de nuestro crear.

Sería de temer que las manifestaciones de la cultura en sus distintas formas de creación surgieran de las necesidades y urgencias del momento, lo cual las haría imprevisibles y faltas de proyecto humano. Frente a ellas, sería de esperar que otras formas surgieran de la interioridad humana y de su inmersión en unos valores capaces de llenar el espíritu humano en su conciencia de libertad interior.

Me gusta re-citar algunos pasajes de entonces: «la creatividad (afirmaba Rof Carballo en 1977), se manifiesta básicamente en toda la vida cotidiana del hombre, entendiendo vida cotidiana como el proceso interior de iluminación de la exterioridad». Las manifestaciones de la creatividad son, pues, la zona iluminada por la vida misma de quien las crea; son la expresión de la realidad interna de la persona que, al crear, pone en juego todas sus funciones intelectuales, volitivas y emocionales.

Si el hombre del futuro quiere vivir y vivirse a sí mismo, o participa de la mística de la vida o quedará perdido en el propio espacio que se fabrica. La educación tiene esto presente y trata de crear lugares de encuentro del alumno consigo mismo, con los demás, con la cultura... Cualquier explicación, reflexión u orientación, han de penetrar en la conciencia como realidades fecundas y con cierto poder de maduración y de iniciativa.

La educación ofrece numerosas ocasiones de ejercer la sinceridad, el aprecio por la cultura, la responsabilidad, la interiorización, y muchos otros componentes del mundo interno de cada alumno. Cuando la edad lo permita, ha de darse clara conciencia de la posible alienación del hombre en la sociedad moderna con grave detrimento de su propia personalidad y del sentido de la vida.

La educación del año 2000 va a plantear (¿confirmado?) el problema de la interioridad de modo urgente. No es fácil determinar en qué medida y con qué recursos habrá que salir al paso del problema, pero conviene adelantar un requisito: educadores sensibles, de gran interioridad, hombres de espíritu, admiradores de la belleza que nos rodea, y fuertemente enraiza-

dos en la realidad social para impregnarla de la vida y para contagiar a sus alumnos de su propio y rico mundo interior.

DE SER RACIONALES AL USO DE LA RAZÓN

Uno de los temas que más huella marcan en la educación es el nacimiento de la psicología y pedagogía cognitivas. Ya en el año 1932, Barlett –*Remembering*– afirmó que los procesos cognitivos se ven sometidos a esquemas dependientes del grado de organización de cada persona y de sus connotaciones afectivas. Tolman, en 1948, subraya la importancia de las expectativas de cada individuo como base del aprendizaje. Cada individuo se construye sus propios mapas mentales y sobre ellos deposita los nuevos conocimientos.

El aprendizaje, por tanto, queda en manos de tres variables:

- Las estructuras de cada persona.
- Sus capacidades de discriminación.
- Las necesidades y motivaciones para regular las expectativas y resultados.

El organismo en su totalidad, a partir de C. L. Hull (1943), se constituye en variable que regula la relación entre los estímulos y las respuestas. No un organismo pasivo, como pretendió el *Conductismo*, sino vivo y activo.

Los años cincuenta nos dejan una terminología típica; nos hablan de:

- Mediación y de respuestas mediadas por el organismo (Osgood y Mowrer) o por la acción de un «mediador» que regula la forma de llegar los estímulos y de darles respuestas adecuadas (R. Feuerstein).
- Tratamiento de la información, o formas de percibir, codificar, procesar, dominar estrategias; todo ello permite hablar de estilos de aprendizaje.

- Modificación de capacidades mentales, o de las formas en que el individuo puede ser modificado por la acción de un educador o de un medio adecuado.

Aunque las ideas avanzan raudas, su plasmación pedagógica es más lenta: la corriente nos alcanzó de lleno en los años 1985-1986. El contacto con R. Feuerstein en Jerusalén nos colocó de modo institucional en una dinámica eficaz y renovadora. El programa de enriquecimiento instrumental nos ayudó a aplicar de modo concreto lo que las ideas iban dejando como huellas en el camino de la moderna pedagogía. Pudimos dar nuevos valores a conceptos y prácticas tradicionales, tales como:

- La capacidad intelectual o factor G, que, aunque importante, dejó de ser factor determinante y sobre el cual se podía ejercer una acción técnica y modificadora, acorde con los planteamientos teóricos.
- La estructura cognitiva, o propiedad organizativa del conocimiento, hace posible la aplicación de lo adquirido a otros conocimientos superiores en dificultad. La preocupación del educador por dicha estructura pasa a primer plano, así como su habilidad para desarrollar los índices de transferencia de unos conocimientos a otros.
- La motivación de cada persona va íntimamente ligada a su esquema básico de necesidades. Todo aprendizaje está condicionado a la voluntad de aprender, y todo educador sabe que la educación consiste en estimular motivaciones e intereses que se detectan como inexistentes. El sistema de necesidades de un niño es muy primario y reducido; la mediación tiene en cuenta esta realidad y a ella se dirige para construir o modificar el sistema básico de necesidades.

Ausubel se expresaba en estos términos:

«La motivación no es la posesión de capacidades *per se*, sino la previsión de satisfacciones futuras que ya se lograron una vez con resulta-

dos favorables. La misma naturaleza de la educación como “instrucción guiada” implica que personas competentes se encarguen de la selección, organización, interpretación y secuenciación inteligente de los materiales y experiencias de aprendizaje» (*Psicología educativa*, 1989).

El flujo de ideas y nuestra preocupación por aplicarlas, encontró su impulso cuando en 1990 apareció la LOGSE o Ley Orgánica de Educación. En el *Libro Blanco de la Reforma* surgieron párrafos de gran riqueza aunque de más pobre seguimiento:

«Los principios psico-pedagógicos que soportan el diseño curricular base que se presenta se sitúan en una concepción constructivista del aprendizaje escolar y de la intervención pedagógica entendida en sentido amplio» (*Libro Blanco*, p. 31).

«La intervención educativa debe tener como objetivo prioritario el posibilitar que los alumnos realicen aprendizajes significativos por sí solos, es decir, que sean capaces de aprender a aprender. Por lo tanto, hay que prestar especial atención a la adquisición de estrategias cognitivas de planificación y regulación de la propia actividad de aprendizaje» (*Libro Blanco*, p. 33).

Por sus páginas sonaban los nombres de Bruner, Vigotski, Piaget... y nos lanzaba el guante de toda reforma: la mediación:

«El papel reservado al profesor en el futuro es el de organizador de la interacción de cada alumno con el conocimiento. La tarea docente se concibe como una mediación para que toda la actividad que se lleve a cabo resulte significativa y estimule el potencial de desarrollo de cada uno de los alumnos» (cap. 13).

La LOGSE dicen que fracasó. El fracaso provino de la falta de formación del profesorado y de la falta de seguimiento. Lástima que estas dos condiciones sigan causando estragos en el panorama educativo.

... PERO LOS HECHOS SIEMPRE DEJAN ALGO DE POSITIVO

- a. Nuestro empeño por construir el pensamiento. Nos vamos encontrando con la doble cara de nuestra sociedad: la que quiere y requiere que domine el pensamiento, el diálogo, la democracia, o sea, la razón; y la que menosprecia todo lo que supere ese mal llamado realismo imperante –realismo de producción, de comercio, de neocapitalismo, de materialismo sin sentido–.
- b. Podemos pensar que la educación y los educadores estamos limitados de posibilidades ante el gigante de la sociedad; que la escuela no tiene el influjo que antaño se le otorgó, al menos en teoría; que los valores que ella propone son pisoteados por la realidad del entorno. Y todo ello es cierto, pero cuanto más cierto, más ha de impulsar la conciencia de no estar solos y de pertenecer al noble grupo de los utópicos que intenta educar.
- c. La constatación de que los contenidos no han demostrado su eficacia en cuanto a la construcción de la persona; y que tampoco lo han demostrado los métodos ni las reformas educativas, nos lleva a la creencia de que si algo puede salvar la educación es la formación del pensamiento y la razón, unida al sentimiento de amor que debe percibir todo alumno como la emanación radical de sus educadores.
- d. La estructuración del pensamiento es un proceso que dura toda la vida. Durante los años de escolaridad nos preocupamos de ayudar a los alumnos y alumnas a seguir las etapas de su propio desarrollo de modo adecuado, sin retrasos evolutivos, sin dificultades superiores a sus propias capacidades, pero con la seguridad de que estamos preparando sus esquemas mentales para seguir adquiriendo la cultura, y para disponerse a ella durante toda la vida.

De los errores también se aprende:

Los niños, decimos, son el resultado de la forma de ser y de actuar de nuestra sociedad; pero, al mismo tiempo, es la sociedad es quien los necesita con una dotación de características que puedan influir en su proceso de cambio. Para conseguirlo, encontramos hoy algunas dificultades específicas:

- Dentro de las aulas, las dificultades son: falta de atención, de permanencia de la misma, de comprensión de conceptos y de su uso adecuado, de diferenciación de los datos relevantes de aquellos que no lo son, de progresivo empobrecimiento del vocabulario y, por tanto, de la conceptualización.
- Fuera de las aulas, los niños y jóvenes se hallan en una sociedad que les es, con frecuencia, hostil y a la que responden con hostilidad y a veces con violencia. Aumentan los niveles de agresividad, de rebeldía, de irritabilidad y de violencia. Todo esto erosiona la capacidad de las personas para la convivencia, así como para el desarrollo intelectual, afectivo y personal.

Al formar el pensamiento, queremos desarrollar la vida mental, ya que ella es la medida del mundo y de su realidad; ella es quien hace posible que los niños progresen en su camino desde el egocentrismo a la generosidad consciente, de la subjetividad y principio del placer a la objetividad y principio de la realidad. Este momento es de suma importancia en la configuración de la persona «descentralizada».

Además, podemos considerar la inteligencia como el vehículo que conduce a una ética espiritual, precisamente por el rigor que se exige a sí misma una inteligencia formada. Esto significa que en la inteligencia y en el pensamiento se fraguan la imagen y la confianza en sí mismo y la de los demás así como el respeto mutuo, que es la garantía de una sociedad que crece en solidaridad, libertad y justicia.

EL MARCO DEL SPX HA MODELADO MI PEDAGOGÍA

El marco en el que he trabajado durante estos 35 años tiene unas características peculiares que me han exigido pensar la pedagogía dentro de este contexto. Por tratarse de unos destinatarios dedicados a la enseñanza de la Religión o al acompañamiento catequístico de niños y jóvenes, han debido predominar algunos criterios de base:

- La primera característica que se pide al educador actual afecta al componente cognitivo de su acción pedagógica. Por exigencia de planteamientos, dicho educador ha de conocer las bases teóricas y prácticas de la psicología y la pedagogía cognitiva, así como las aportaciones de la corriente humanística de la educación. Por tanto, ha de establecer un estilo pedagógico que muestre su confianza en la naturaleza activa, cambiante, del individuo. Además, ha de reorientar su punto de atención en los procesos de aprendizaje, procurando que los alumnos sean hábiles en la identificación de datos, en la elaboración de estrategias, en la búsqueda sistemática de relaciones entre contenidos, textos bíblicos, enunciados, imágenes, etc. Los conocimientos religiosos –sin quitarles su importancia– dejan de ser fin en sí mismos, para convertirse en medios de estructuración de la persona, sabiendo que del conocimiento pueden surgir los comportamientos, no al revés.
- Esto nos lleva a definir su trabajo como centrado en la metacognición: ayudar al alumno a tomar conciencia de sus propios procesos y actividades mentales. Las actividades de investigar, analizar de modo crítico, crear la duda, formular..., tienen un carácter concienciador de uno mismo, interiorizador de su propio ser y del dominio personal. La formación religiosa requiere esa continua y progresiva toma de conciencia de los procesos de aprendizaje, además del análisis sobre la repercusión que el aprender tiene sobre la propia vida.
- La concepción teológica de la persona es optimista, tan optimista que nos hace hijos de Dios. Entonces, ¿por qué dudar de su capacidad de

aprender, de crear, de construir su propio esquema mental «teológico»? En el enfoque catequético del ISPX hemos partido siempre de la experiencia, «de la situación de los alumnos» y de dar conocimientos en armonía con la estructura mental de quienes los reciben, para hacer que los aprendizajes sean significativos. Esta labor se desarrollará en forma de actividad cíclica que comprenda:

- Una fase intuitiva que parta de la experiencia de los alumnos, elaborada en forma de redes cognitivas motivadoras para la adquisición de nuevos conocimientos.
 - Una fase representativa que ayude a codificar y decodificar los datos de la experiencia.
 - Una fase de abstracción-generalización por la cual se intente la estructura mental correcta, camino de la formación del pensamiento formal de modo que la estructura mental de contenido religioso consiga iluminar y globalizar todos los contenidos del saber con el contenido de la propia vida.
- La definición más correcta del profesor es la de mediador. Mediador entre los contenidos y el alumno, entre la cultura y quien la adquiere, entre los significados y quien necesita aprenderlos. Como mediador, el educador selecciona contenidos, elabora diseños, enriquece el bagaje de estrategias, invita al alumno a entrar en la cultura como dueño de sus propias capacidades y a conocer el significado que la cultura tiene en la configuración de los pueblos. Mediador, en el sentido teológico de la palabra: es manifestación y transparencia entre las cosas de Dios y los jóvenes, es participación del único Mediador que es Cristo.
 - La función del educador es hacer personas, y para ello procura que cada alumno vaya elaborando una imagen positiva de sí mismo. La formación religiosa tiene la gran cualidad –sobre toda otra ciencia– de ser transmisora de un mensaje de salvación y esperanza, en el que se juntan «cielo y tierra», lo divino y lo humano en síntesis perfecta y

dinámica. Esto lo consigue si la confianza brota de su persona y la expresa no sólo sobre los más dotados, sino de modo preferente sobre quienes no poseen las capacidades que se desean.

- En el documento «Currículo y competencias básicas» (*Infolio*, marzo de 2006) se proponen objetivos de «realización personal, inclusión social, ejercicio de la ciudadanía activa, hacer frente a la vida adulta y ser capaz de desarrollar un aprendizaje permanente». El optimismo social se queda en la expectativa de poder elaborar –por la educación– una sociedad democrática, convivencial, respetuosa de derechos y deberes. La educación religiosa propone un modelo de fraternidad basado no sólo en razones sociales, sino en el mensaje mismo de Cristo: que todos sean uno. Por la educación de la fe, la libertad, la creatividad y el compromiso son las constantes que surgen de la aceptación de esa verdad que hace al hombre libre y comprometido con la liberación humana.
- El educador tiene en cuenta que todo lo que se enseña y se hace, encuentra su dinamismo interior en el ámbito de interacción. Es el adulto que somete todo a los criterios de relación, de acción dialógica por la que se crea el ambiente acogedor y afectivamente propicio para que la persona madure al contacto con el educador adulto, maduro por definición. Esta relación se hace imperativa por tratarse de «acompañar» a individuos y grupos en su proceso de encarnación del mensaje cristiano en su vida.

CIERRO ESTAS REFLEXIONES CON UNA HIPÓTESIS

Si nuestro mundo viviera en una situación sin problemas, sin torrentes de información, quizá no necesitaríamos la inteligencia y el pensamiento más que para satisfacer nuestras necesidades básicas. Pero esto no es así. La sociedad y la cultura tienen un rasgo básico que se llama complejidad. Esto no es nada negativo, sino la manifestación de que la inteligencia humana es también compleja. Pero al mismo tiempo que creamos la com-

plejidad nos vemos urgidos a superarla de una manera tan original, al menos, como la hemos creado. Para ello hace falta una educación especial, que construya al alumno inteligente, por medio de un mediador inteligente y en un centro también inteligente. Esto significa la necesidad de llegar a ser adultos reflexivos, creativos, cultos, constructores de conceptos y de personas.

Todo educador dispone del instrumento: la interacción, el diálogo, el arte de la pregunta. Ése es el dardo que hiere, remueve y deconstruye las conciencias. Y éste es el dardo que dejo a quienes siguen en la preciosa labor de instruir y educar; es un dardo que quizá se quede en flechita juguete de niño, pero mi confianza está depositada, más que en el dardo, en las manos de quienes lo manejen.

Muchas gracias.